

Dolores del Río y los animales

Aurelio de los Reyes

Ser hija única y no poder tener hijos determinaron, a mi juicio, que Dolores Del Río —como ella escribía su nombre, sajonzado— tuviera una relación muy peculiar con los animales. La fotografía de más niña que se le conoce con un animal es con un cordero; ella no llega a los cinco años de edad. Recordaba que Siroco se llamó el primer perro que fijó en su memoria. A lo largo de su vida se acercó a una variedad inmensa de animales. Tal vez cuando vivió en su Rancho de las Cruces, acompañando a su esposo, tuvo en su poder los animales más exóticos: un jabalí, un oseznó, dos cervatillos, un tlacuache y pájaros, pájaros y más pájaros, como lo atestiguan las numerosas jaulas colgadas en los corredores de su casa. Sorprende la familiaridad y el amor con los que Dolores trata al jabalí.

Los directores que la conocieron y la amaron, Edwin Carewe, su descubridor, y Emilio *El Indio* Fernández, insertaron animales en los argumentos de sus películas. En *Revenge* (1928), Carewe la hizo domadora de osos, y en efecto parece haber domado al oso que la acompaña porque lo trata no sólo con familiaridad, sino con amor al dejar que la bestia la bese en la boca, sin ningún asomo de nerviosismo o temor. No. Dolores no le tenía miedo a los animales; en *Evangelina* (1929) pastorea un rebaño de ovejas; en *Resurrección y Ramona*, un enorme pastor alemán le hace compañía.

Cuando Orson Welles vivió en su casa de Stone Canyon Drive en Los Ángeles, y el idilio de ambos estaba en su punto álgido, Dolores tenía una tortuga llamada Xanadú, quizá en referencia al poema de John Keats. Muy probablemente Welles bautizó con ese nombre al castillo del personaje central de *Citizen Kane* (1940), como un homenaje a su musa, quien le proporcionó valiosa información para el argumento de la película. Dolores era íntima amiga de Marion Davis, la amante de William Randolph Hearst, personajes de los que Welles hace en esta joya de la cinematografía una crítica corrosiva. Con Cedric Gibbons formó una

familia feliz, muy feliz como lo atestiguan las fotografías, integrada por ella, Cedric y un hermoso y enorme perro que la acompañó a Londres cuando filmó *Acusada*. Emilio Fernández insertó la historia de la marrana en *María Candelaria*, animal que luego le obsequió a la actriz con un moño blanco. El director no tuvo inconveniente en retratarse con sus dos hembras, Dolores y la marrana. En otra ocasión le regaló una pareja de gatos bautizados con los nombres de Chingada y Chingadazo, que Dolores sustituyó rápidamente por los de Marco Antonio y Cleopatra, según lo cuenta Adela Fernández, la hija de *El Indio*.

Perros y más perros sustituyeron a los hijos que Dolores nunca tuvo. Moría uno, y adquiría otro y otros más. A una de sus mascotas la retrató un notable fotógrafo de París. Mirruña se llamó uno de los últimos perros, que la antecedió en su tránsito al más allá; yace en una tumba perdida en la maleza del jardín de La Escondida, la casa que la diva tenía en Coyoacán. De Dolores y los animales se podría escribir todo un tratado.

Texto publicado en *Luna Córnea 20. Zoografías*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 2000.